

Luis García Montero: «Mis sueños y yo hemos llegado a un acuerdo»

María Escobedo

Desde sus inicios con libros como *Tristia* o *El jardín extranjero*, con el que obtuvo el premio Adonáis y llamó la atención sobre su poesía y sobre su forma de entender la literatura, la trayectoria de Luis García Montero (Granada, 1958) siempre ha sido ascendente, y tras haber publicado libros de poemas que han conseguido aunar el respeto de la crítica y el gusto de los lectores, como *Diario cómplice*, *Las flores del frío*, *Habitaciones separadas*, *Completamente viernes* o *La intimidad de la serpiente*, su obra ha entrado en otro territorio y otro tiempo, los de la madurez y los inventarios, es decir, en un mundo donde la autobiografía y la historia se alimentan una a la otra. Eso sucedía en su anterior trabajo, *Vista cansada*, y también en el nuevo, que se publica este mes en la editorial Visor y cuyo título ya deja las cosas claras: *Un invierno propio*. Sin embargo, García Montero no es un escritor que se conforme consigo mismo, y sus libros suelen ser indagaciones de lo no visitado, búsquedas de lo nuevo. En este caso, *Un invierno propio*, que inevitablemente nos hace pensar en la habitación propia de Virginia Woolf, se acerca a la filosofía por dentro y al aforismo por fuera, y de ese modo resume y amplía algunas de las virtudes que han caracterizado desde sus inicios a García Montero: la reflexión en el centro del poema, la ideología en el fondo y la sorpresa en la superficie. Hablamos de todo ello en esta entrevista.

– En el prólogo a una antología reciente de Francisco Brines defiende usted la utilidad de la poesía. El libro que va a publicar,

Un invierno propio (Visor, 2010), se subtitula «Consideraciones» y cada título es un aforismo o un precepto moral. ¿Se trata de un acto más de complicidad con sus lectores?

No me importa contestar que sí. Quizá convenga aclarar una vez más, porque hay muchos opinantes, con demasiada prisa de pensamiento, que se empeñan en no entender que la utilidad de la poesía no tiene nada que ver con el mercantilismo. Uno no escribe para vender mucho y ganar dinero. Yo utilizo el concepto de utilidad en la tradición ilustrada, en la tradición de autores como Francisco Giner de los Ríos, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, de la poesía de la experiencia o del propio Paco Brines. Es lógico que frente al utilitarismo burgués de la mentalidad industrial, los poetas cayeran en la tentación de reivindicar la inutilidad. Pero esa es la trampa del pasado, propia de una burguesía que convierte en marginal aquello que no le resulta rentable. Desde mis primeros ensayos he defendido la necesidad de inventar otro tipo de utilidad no mercantilista. En la medida en que la poesía da compañía, invita a pensar, nos ayuda a hacernos dueños de nuestros sentimientos y nuestras opiniones, permite un verdadero proceso de conocimiento, nos consuela en el dolor, no dudo en afirmar que es útil.

Mi último libro, *Un invierno propio*, no es nada moralista. Pero nace de una meditación ética, es un recuento de los valores que me ha ido enseñando la poesía y en los que se ha sostenido mi personaje poético. Soy consciente de que puedo ser acusado de moralista. Un pensamiento ético suena raro en una cultura descafeinada, amiga de las superficies y de la banalidad. Pero yo no doy consejos a los demás. Los aforismos no son recetas para otros, sino emociones éticas que me he fabricado después de más 30 años de dedicación poética. Para mí la virtud no es una atmósfera superior que me vigila la cabeza, sino un lugar bajo los pies, un territorio que me he formado para poner los pies en la tierra y caminar por el mundo.

**«La poesía invita a pensar, nos ayuda
a hacernos dueños de nuestros
sentimientos y nuestras opiniones»**

– En uno de sus poemas dice que la verdad no es un punto de partida. En los poemas hay invocaciones al lector o al otro. Dice «deberíamos hablar» o «por eso escribo para que me lean». ¿Qué relación establece su poesía entre la verdad y el lector?

Quien confunda la sinceridad con la espontaneidad está condenado a opinar sobre él mismo y sobre el mundo desde una posición muy ingenua. Las honradas audiencias de la televisión hablan mucho, opinan, dicen casi siempre lo primero que se les ocurre y repiten como loros aquello que otros han puesto en el ambiente como sentido común u opinión dominante. Las audiencias no son sinceras, son bandadas de loros. La verdad, y no como dogma, sino como perspectiva individual consciente, es un punto de llegada, un ejercicio de descubrimiento de nuestras relaciones con el mundo y de nuestra propia intimidad.

En ese proceso de conocimiento el lector ocupa para mí un papel clave. Cuando soy lector de poesía, descubro mucho de mí mismo con un libro de otro en la mano. Soy como soy por los libros que he leído desde la adolescencia. Cuando escribo poesía, me invento un lector ideal que me ayuda a ordenar mis sentimientos y mis ideas. Los profesores nos educamos cuando intentamos educar a los otros. Los poetas se conocen a sí mismos cuando se atreven a ir hacia los demás. Para mí la poesía es creación de sentido. La recarga lírica, la retórica, los excesos de barroquismo, los artefactos incomprensibles, siempre me han levantado la sospecha de una cobardía íntima. Es la voz de alguien que no se atreve a saber y se enmascara detrás de una palabrería espesa. ¿Ha leído el ensayo de Witold Gombrowicz que editó Visor este año como regalo de Navidad? Se titula *Contra los poetas*. Es excelente, de un lector enfadado y cansado de que le tomen el pelo. Estoy de acuerdo con todo lo que dice. La poesía está herida de muerte en una parte de Europa por culpa de las tonterías cobardes de los poetas, una mezcla de cursilería arqueológica o de futurismo lingüístico sensible. En España, creo yo, por ahora

«Soy como soy por los libros que he leído desde la adolescencia. Cuando escribo me invento un lector ideal»

hemos ganado la batalla de una poesía con capacidad ética para crear sentido. Por eso hay todavía mundo poético en las editoriales y en las librerías.

– *Usted teme tanto a los jóvenes sin memoria como a los viejos cascarrabias.*

Sí, eso intento formular en un poema. Hablo de forma indirecta de mi relación con Alberti, con Francisco Ayala y con esos hermanos mayores que fueron para mí Jaime Gil de Biedma y Ángel González. Aunque me enseñaron muchas cosas como poetas o escritores, ahora comprendo que sobre todo me enseñaron algo muy importante: a respetar a los jóvenes. Yo era un jovencito cuando ellos me tomaron en serio. La literatura es una comunidad, no un conjunto fragmentado de generaciones. Ocurre lo mismo con la sociedad. Los viejos cascarrabias que piensan que el mundo se agota con ellos son peligrosos. Los jóvenes que no conocen su historia, también. En el fondo, la misma relación profunda que establece la literatura entre un autor y un lector es la que se establece entre el pasado y el presente.

– *Es curioso que defienda en su libro tanto la soledad («para embarcarse en una ilusión colectiva, hay que aprender a quedarse solo») como la amistad, la camaradería. En sus poemas aparece usted como un ser solitario que habla de sus amigos.*

Quizá se trata de cuestionar también la idea de soledad que nos están imponiendo. Ahora la soledad parece el reino del sujeto posesivo, que compite, que se niega a cualquier ilusión colectiva, un ser insolidario que considera despreciable los ámbitos de diálogo, como la política, el sindicalismo o incluso los sentimientos comunes. A mí me interesa la soledad como ámbito ético de independencia, es el lugar que asegura que por encima de la propia conciencia no existe ningún dogma al que humillarse. Ningún dogma político, nacional, religioso, racial, literario... Desde ahí, la soledad es el lugar de mi conciencia que sale después a dialogar

«La poesía está herida de muerte en una parte de Europa por culpa de las tonterías cobardes de los poetas»

con los otros. No hay que dejar de ser uno mismo para participar en la amistad o en las ilusiones colectivas que consideramos como propias. Hace falta flexibilidad, pero no renuncia. Y hablo de amistad porque he tenido la suerte de disfrutar de mis amigos, de sentirme orgulloso de sus éxitos, de compartir con ellos mis preocupaciones. Si le he dedicado poemas a Alberti, a Ángel González, a Joaquín Sabina, a Benjamín Prado, a Felipe Benítez Reyes, a Miguel Ríos, a Francisco Brines, a Chus Visor y, por supuesto, a Almudena, es porque forman parte de mí. Me siento orgulloso de ellos. Los días han sido como una botella que ha ido pasando de boca en boca entre nosotros. Es verdad que en el libro se afirma que uno llega a descubrir que ser libre es estar solo, pero también se cuentan historias en las que uno aprende a compartir su soledad con un buen grupo de conjurados.

– Es curioso que una poesía que busca el diálogo con el lector sea también un orgulloso ejercicio intelectual. ¿No piensa usted demasiado su vocación de sencillez?

Seguro que sí, soy un neurótico porque vivo en la intemperie. No me acomodo con los dogmas, no me basta con una definición tópica. Los intelectuales están ahora muy mal vistos. Son comunes las críticas a lo que antes se llamaba la cultura, las fuerzas de la cultura. La derecha critica a los «famosos» cuando toman posición política y hace su caricatura. Dice que es gente apoyada por el pesebre socialista. Los que levantan más odio son algunos actores, porque la gente ve películas, pero no lee libros. Se intenta paralizar el discurso crítico. Pero dejando a un lado la demagogia de la derecha, creo que hay otra cuestión más grave. Esta sociedad lleva ya mucho tiempo educándose en las televisiones privadas. La escuela ha dejado de ser el primer espacio de socialización y formalización. Y la gente educada por las televisiones, el consumista modelo, desprecia el ejercicio intelectual. La reivindicación del pensamiento es un ejercicio de inteligencia. Hay quien se encierra en la torre de marfil y renuncia al diálogo. Hay quien acepta la

**«No hay que dejar de ser uno mismo
para participar en la amistad o en
las ilusiones colectivas»**

banalización. La poesía que me interesa se queda en la intemperie, porque no acepta el fin del diálogo y no admite la liquidación del pensamiento.

– *En el libro hay muchos poemas en los que usted se siente raro, muy extraño en su ciudad, en su país, en su casa. También es paradójico que una voz tan cívica sea la voz de alguien que se siente tan raro.*

La actitud vigilante nos hace vivir en la paradoja. Es verdad que en *Un invierno propio* hay un sentimiento de no pertenencia. Se trata de una interpelación a la identidad. Las identidades están en movimiento o son trampas para la parálisis. No acomodarse significa no sólo observar desde lejos a la ciudad que te expulsa, sino también caminar como un extraño por el pasillo de tu casa. La propia cama o las plazas públicas tienen modelos regulados ante los que conviene abrir los ojos. Es una condición para que la poesía sea un ejercicio de conocimiento y para que la ficción poética sirva para conocer la verdad. Hay gente que se siente muy cómoda cuando dice soy español, soy cristiano, soy de izquierdas, soy mujer... Es mejor tener una conciencia vigilante, no ser de manera preconcebida, sino hacer, hacerse. Vivir así es un proceso de extrañamiento, es como dormir en casa de un amigo. Aunque haya mucha confianza, uno intenta no ensuciar el cuarto de baño, no hacer ruidos por la noche, no molestar. En esa situación intermedia de intimidad extraña es cuando uno aprende mucho de sus propias debilidades.

– *Por eso en otro de sus poemas asume la idea de que convive con sus sueños, pero en habitaciones separadas.*

Hago alusión a uno de mis libros, *Habitaciones separadas*. Como ya le he comentado, *Un invierno propio* intenta ser una recapitulación ética de mi trabajo y mis merodeos en la poesía. Provengo de una historia, he tenido una educación sentimental, he apostado por algunos sueños. La poesía se suma enseguida con

«La poesía que me interesa se queda en la intemperie, no acepta el fin del diálogo, no admite la liquidación del pensamiento»

su voluntad lírica a los sueños. Ya ve usted la carga lírica que suelen tener los discursos de los revolucionarios, o de los fascistas, o de los militares. Uno se descuida y las palabras acaban en un himno. Cuando me di cuenta de que muchos de mis sueños se resquebrajaban, no sólo por acción de sus adversarios, sino por sus propios peligros, expulsé a los sueños de mi casa. Pero entonces tuve miedo de convertirme en un cínico. Eso es lo que cuenta el poema, el miedo a la ingenuidad o al cinismo, y reconoce la humillación de volver a llamar por teléfono a los sueños para que vuelvan a casa. Un cínico, alguien que lo relativiza todo, es tan mezquino como un dogmático. Al final, mis sueños y yo conseguimos un acuerdo: convivir, pero en habitaciones separadas. Nos vigilamos mutuamente. Ellos impiden que me haga un cínico. Yo impido que sean criminalmente ingenuos.

– *Insiste en esa idea al afirmar que la conciencia no es un hotel de lujo.*

Claro, la conciencia es más bien una pensión modesta junto a una frontera. En la poesía, las ideas intentan acomodarse, no matizar, sentirse seguras. El pensamiento se siente entonces como en un balneario. Las torres de marfil son balnearios líricos. Y fíjese que hay torres esteticistas, recursos herméticos, lingüísticos, barrocos, que dan la idea de una totalidad bien establecida que late por debajo de las palabras. También hay torres de marfil ideológicas, ideales que nos hacen ver la «realidad» de acuerdo con parámetros preconcebidos. Frente a esos balnearios, la conciencia es un lugar incómodo, de vigilancia sobre los propios sueños y sobre las marejadas del mundo. Es en esa pensión de frontera donde toma sentido el sentimiento de soledad del que hablábamos antes. No me gustan los sacerdotes, ni los comisarios políticos. En el libro se intuye la figura del resistente, y esa figura suele habitar en pensiones humildes. Si huyo de cualquier visión sacralizada de la poesía, es porque siempre se esconde en ella una tentación de totalidad, es decir, de totalitarismo sublimado.

**«Un invierno propio intenta ser una
recapitulación ética de mi trabajo
y mis merodeos en la poesía»**

– Otra de las grandes obsesiones del libro es la lucha contra el dogmatismo. Uno de los poemas se titula «El dogmatismo es la prisa de las ideas».

Me gusta repetir que el poeta que está más de un día, de una semana, buscando una palabra precisa, representa a cualquier ser humano que quiere ser dueño de sus propias opiniones. La poesía es matiz, descubrir el pequeño no que hay dentro de una afirmación, o el sí que se esconde en una negación. Estamos acostumbrados a pensar en titulares, en esquemas. Conviene darle vueltas a las cosas, pensar tres o cuatro veces lo que decimos. Por eso considero que los dogmas no son más que un ejercicio de prisa a la hora de interpretar la realidad, casi siempre con la coartada de una identidad o de un credo. Se trata de un proceso de homologación. Se acusa de dogmatismo a algunos movimientos políticos o religiosos. Pero la homologación se da también en el costumbrismo de las personas indiferentes, en las audiencias y el público del consumo televisivo. La degradación del lenguaje en la sociedad actual empobrece el conocimiento de la realidad. Por eso una de las tareas de la poesía es la defensa del matiz.

– Publica su libro en la colección «Palabra de honor», de la editorial Visor, que dirige usted con Jesús García Sánchez.

Visor es una editorial de mucho peso en la poesía española e hispanoamericana. Forma parte de la historia de nuestra poesía en los últimos 40 años. Chus empezó a editar para se pudiese leer aquí, en una época de penuria lírica, lo que no se publicaba en España, sobre todo la poesía de vanguardia en Europa. Luego editó a los poetas españoles más significativos y ha establecido puentes con la poesía latinoamericana. Creo que es muy importante su trabajo para destacar la calidad en la poesía mexicana, colombiana, etc. En la colección «Palabra de honor», por ejemplo, se ha publicado a Gelman, José Emilio Pacheco, Juan Manuel Roca y Piedad Bonnett. Creo que el diseño de Juan Vida es muy

«Los dogmas no son más que un ejercicio de prisa a la hora de interpretar la realidad, con la coartada de una identidad o credo»

hermoso, que se integra en la tradición de la poesía bien editada, a la misma altura de las ediciones de Juan Ramón Jiménez o Manuel Altolaguirre. Así que es un lujo para mí colaborar con Chus Visor y editar mi libro en «Palabra de honor». No debería pasar desapercibida la significación de que haya en España editoriales dedicadas a la poesía como Visor, Hiperión, Pre-Textos, Renacimiento, DVD, Tusquets. Los poetas españoles no podemos quejarnos y eso se debe a que la poesía ha contado cosas, se ha mezclado en la educación sentimental de la gente, no se ha encerrado en el hermetismo de su cobardía. Que un poeta se queje de la viabilidad comercial de estas editoriales es tan extraño como el que un bombero se queje de la existencia del agua o que un lechero viva indignado por la existencia de las vacas. Hay amores que matan, novios maltratadores y poetas puros que sentencian a muerte la poesía. Contar en España con un editor como Chus Visor es un lujo ©

**«Hay amores que matan, novios
maltratadores y poetas puros que
sentencian a muerte la poesía»**